

pasado”. El peluquero le dijo que se vaya porque la estaban buscando, que pensaban que vivía por ahí.

Lucho tenía 33 años y Lila 30. Muchas veces habían hablado sobre qué hacer en una situación así: “No íbamos a caer vivos, andábamos con dos pastillas de cianuro cada uno. Esa mañana yo le pregunté: ‘¿Llevás la pastilla?’. ‘Sí, me dijo. La tengo acá’”. El hijo de Lila vino corriendo y le dio un soldadito. “Para que te ayude”, le advirtió. Tenía ocho años.

Después de la muerte de Lucho, Lila y sus hijos se quedaron en la misma casa. “Y no solo me quedé yo sino que empezaron a llegar los que se estaban quedando sin casa. Dormíamos arriba de las ropas porque ni los paquetes desarmábamos”.

En 1978, para el mundial, les llegó una cita de la Conducción Nacional (encargada de tratar los lineamientos generales de la organización, elaborar propuestas y hacer análisis político) para que dos compañeros viajaran a México. Como Lila estaba a cargo del grupo, planteó que esa decisión fuera tomada en conjunto. Se hizo un plenario. Eran catorce. En ese entonces, Lila ya no veía a sus hijos. Se los había dejado a su mamá, “despidiéndome para siempre porque no pensé que iba a salir viva”. Se fue a Brasil con Coca Lencina, una de sus compañeras. De Brasil se fue a México, se incorporó a la contraofensiva para poder regresar al país y rescatar a los compañeros que estaban viviendo clandestinamente y en peligro. Entró y salió tres veces y logró sacar a los catorce que participaron del plenario.

En 1991 los restos de Lucho fueron identificados por el Equipo de Antropología Forense. Estaba como NN en un cementerio de Lomas de Zamora. Lila pudo exhumarlos y sepultar a su compañero: “Siempre que vuelvo a pasar por Pasco me sigue produciendo dolor. Hay agujeros de los balazos en las paredes. A veces me pregunto qué estaríamos haciendo si Lucho viviera”.

## Septiembre, 1976

### Gustavo Calotti. Llegar descalzo

Gustavo Calotti tenía 17 años, cursaba 5° año del Colegio Nacional de La Plata y ya en 1975 estaba en seria disidencia con Montoneros cuando selló su alianza con las FAR. El grupo inicial en el que comenzó a militar había sido el MAS (Movimiento de Acción Secundaria), un movimiento periférico de las FAR. Sus padres se habían separado y él tenía que trabajar. Le cayó “de regalo” un trabajo en la policía y por una cuestión de seguridad decidió cortar con sus compañeros peronistas. A los pocos meses comenzó a militar en el ERP mientras trabajaba como cadete de correo en la oficina de Tesorería de la Jefatura de la Policía, en calle 2 entre 51 y 53, en La Plata, donde actualmente funciona el Ministerio de Seguridad. El 8 de septiembre de 1976 lo llamó su jefe, el comisario Ordinas. Cuando entró en su despacho había una persona que él nunca había visto, el comisario inspector Luis Vides, que comenzó a hablarle violentamente y a preguntarle para quién trabajaba. Lo detuvieron ahí mismo y lo llevaron a la Dirección de Investigaciones, en la planta baja del edificio, que estaba a cargo de Etchecolatz. Lo esposaron, lo cubrieron con una manta y a las dos horas se lo llevaron: “Después del secuestro me sacaron la ropa y me dejaron en patas”. Ese día Gustavo tenía un par de zapatos nuevos.

Descalzo y con la mitad de la ropa que llevaba puesta, llegó al Pozo de Arana. Pasaron quince días antes del traslado al Pozo de Quilmes, la noche del 23 de septiembre de 1976, en medio de un gran despliegue, con dos camiones celulares y varios patrulleros con sirenas.

El trayecto tuvo paradas intermedias. El primer alto lo hicieron en el Pozo de Banfield, donde bajaron algunos detenidos, entre los que estaban Pablo Díaz y María Claudia Falcone. Él siguió en el camión

a Quilmes: “Calculo que éramos unos veinticinco hombres, más las mujeres”. Cuando llegó a Quilmes, Gustavo tenía todavía menos ropa: “Las vendas para los ojos las hicieron con pedazos de mi camisa. Cuando me secuestraron yo tenía una camisa, un pullover de lana y un sobretodo. Me dejaron todo menos los zapatos y la camisa. Sobreviví con eso. Pero había otros que llegaban en cuero. Otros llegaban heridos, heridos de bala. Casi todos estábamos heridos de alguna manera, en el sentido que veníamos de pasar varios días de tortura en Arana, así que en buen estado no llegábamos”. También tenía una infección en el pie derecho. No podía apoyarlo y por eso saltaba. Las plantas de los pies estaban negras, la piel quemada. Tenía heridas en los puños por las esposas y desde el tórax hasta las rodillas “una placa rígida, negra”, que se había formado con la sangre coagulada: “Durante los tres meses en el Pozo de Quilmes perdí mi aspecto humano. Para levantarme debía hacerlo en varias etapas y cuando estaba de pie tenía que agarrarme de la pared porque se me nublaba la vista y me desmayaba. Dormía entre 16 y 18 horas por día. Estaba en un estado de debilidad muy grande”.

Supo que estaba en el Pozo de Quilmes porque se lo dijo Juan Carlos Fund, otro detenido, que vivía en la calle Monroe al 900, a pocas cuadras de ahí, y también militaba en el ERP. En el Pozo también estuvo con Santiago Servín, el director del diario *La Voz de Solano*, y dos jóvenes más con quienes compartió una celda pequeña. Servín era un hombre de unos 60 años que le enseñó palabras en guaraní. Era comunista y había estado preso en Paraguay. Se instaló en el conurbano y fundó el diario en San Francisco Solano. Al día siguiente de haber llegado a Quilmes lo fueron a buscar y lo llevaron otra vez al Pozo de Arana. Veinticuatro horas después lo devolvieron a Quilmes, en ese ir y venir entre CCD como modalidad para la desorientación y la desintegración de los cuerpos. Entretanto había caído otro grupo del ERP, entre quienes estaba Walter Docters. “La noche del 24 de septiembre, mientras me torturaban, vinieron unos tipos a decir que había caído una casa importante del ERP, cerca de City Bell. A mí me dejaron ahí tirado en la sala de tortura y al otro día me llevaron de nuevo a Quilmes”, dice Gustavo. Mientras estuvo detenido vio pasar a “una pila de gente, muchos eran obreros, vi a Néstor Busso, y los demás casi todos desconocidos. Recuerdo dos traslados de compañeros que a mí me hicieron pensar que iban a salir en libertad: el de Víctor Treviño, otro estudiante secundario de La Plata que militaba en la Juventud Guevarista, y el de Santiago Servín. A mediados de octubre los fueron a bus-

car, los hicieron lavar y afeitarse, había hasta olor a perfume entre tanta mugre, y se los llevaron. Yo pensé que iban a ser liberados. Pero no, jamás”, cuenta Gustavo.

Con un botón empezó a marcar en la pared el paso de los días, sin saber si era lunes o martes. Raspaba la pared para señalar el paso del tiempo. “Como perdimos algunos sentidos, acentuamos otros. Teníamos el oído muy fino. Los escuchábamos de lejos cuando empezaban a subir las escaleras y eso nos daba tiempo para atarnos de nuevo y bajarnos las vendas”.

Hacia el final de su cautiverio, el 19 de diciembre, llegaron Pablo Díaz y José María Noviero. En la mañana del 21 de diciembre de 1976 fueron a buscarlo a él y a otros cautivos. Los hicieron bajar por la escalera angosta y empinada y los subieron en la caja de una camioneta cerrada. También estaban Emilce Moler, Walter Docters, Patricia Miranda y Marta Enríquez. Dice Gustavo: “Nos previnieron que ante cualquier intento éramos hombres muertos y, acostados en la caja, nos cubrieron con mantas. Después de un tiempo no demasiado largo, nos bajaron en otro lugar”. Ese lugar era la Comisaría 3ª de Valentín Alsina, en Lanús. “Durante los primeros días permanecemos atados y con los ojos vendados en unos calabozos oscuros, un lugar donde nadie venía ni siquiera para sacarnos al baño. Dos o tres días más tarde nos sacaron las vendas y una semana después comenzamos a recibir a nuestras familias, media hora por semana. La razón era que ya estábamos a disposición del Poder Ejecutivo Nacional, desde el 28 de diciembre de 1976.”

\*

### **Emilce Moler. “Agarren a la de Bellas Artes”**

La madrugada en que la patota del Ejército, armada y encapuchada, irrumpió en su casa, Emilce Moler tenía 17 años, estaba en pijama y aparentaba menos edad. La arrancaron de la cama. Casi se llevan también a su hermana mayor, pero uno de ellos dijo que no había lugar en el auto y agregó: “Agarren a la de Bellas Artes”. Su madre pidió que la dejaran vestirse. Sobre la ropa se puso un gamulán que mantuvo durante todo su secuestro. Emilce era muy joven y llevaba inscripta en su biografía la complejidad de la militancia política. El contexto de creciente movilización y cuestionamiento al orden social acentuaba

sus convicciones. Septiembre de 1976 fue un tiempo de detenciones sistemáticas a estudiantes secundarios de La Plata. Le habían avisado que la noche anterior se habían llevado a sus amigas, Claudia Falcone y María Clara Ciocchini. También habían secuestrado a Claudio de Acha, Daniel Racero, Horacio Ungaro y Francisco Muntaner. Todos compartían la militancia en la Unión de Estudiantes Secundarios (UES). Emilce tuvo miedo y el 16 de septiembre de 1976, un día antes del secuestro, su padre le pidió que se escapara. Pero el compromiso de no dejar a los compañeros fue más fuerte.

La subieron a un auto y la llevaron al Pozo de Arana. Fueron cuatro días de manoseos, golpes, patadas y picana. Cuando se enteraron de que era hija del comisario inspector retirado Oscar Moler, los ataques recrudescieron. Le decían que era una terrorista y subversiva, una tirabombas que se había vendido a los enemigos de la patria.

En el Pozo de Arana, Emilce se encontró con sus compañeros de militancia de la UES. Estuvo cara a cara con el hacinamiento en las celdas, la falta de comida y la suciedad: “La reducción a cosa” explica. “Entramos en el Pozo y nos cosificaron”. Lo más terrible de esos días fue la picana eléctrica en las zonas más sensibles de su cuerpo y las quemaduras con cigarrillos. Atada en una cama, desnuda, le decían que abriera y cerrara la mano cuando quería hablar: “A veces yo abría la mano solo para frenar la tortura, no les decía nada. Paraban, pero después me daban más fuerte”.

El 23 de septiembre trasladaron a todos los estudiantes, maniataados y encapuchados, en un camión. Al llegar al Pozo de Quilmes los guardias preguntaban hasta cuándo iban a “traer a pibitos de jardín de infantes”. A Emilce se le resbalaban las esposas de las manos. En Arana había estado siete días sin comida. Pesaba 46 kilos y medía un metro y medio. Tenía el gamulán y la misma ropa con la que la habían secuestrado, excepto la bombacha. En esos tres meses siguió bajando de peso y no volvió a menstruar. Se acuerda de la “polenta con remolacha re grasosa” que a veces le daban de comer. Dos compañeras le habían avisado que no tomara agua por el shock eléctrico de la picana, entonces Emilce solo se humedecía los labios.

En el Pozo de Quilmes la llevaron, sin ningún aviso, a una celda de castigo donde estuvo un día entero: “Tenían orden de no abrirme. Estuve en estado de alerta permanente. Era el minuto a minuto, no podía pensar en nada”. Cuando la sacaron de esa celda, una de las veces que pudo ir al baño, habló con Ana Diego, una militante comunista y es-

tudiante de Astronomía de La Plata, secuestrada el 30 de septiembre de 1976. “Ella hacía el cálculo de la hora que era de acuerdo a cómo caía el sol en una pared y al ángulo de trigonometría. Ana estaba muy mal, se golpeaba la cabeza. Yo le hablaba todo lo que podía, le decía que me contara de astronomía”. Emilce también vio a Marta Enriquez, que estaba embarazada, y a una detenida chilena que estaba en un pasillo. Era Eliana Velasco de Badell, militante del PRT-ERP, como su compañero Esteban Badell, que ahorcaron en el Pozo de Arana. A los dos los habían secuestrado el 28 de septiembre de 1976 en City Bell. Los zapatos de Eliana habían quedado en el pasillo después de un traslado. “Total para donde va a ir no los va a necesitar”, dijo uno de los represores.

“Sospechábamos que podían matar a algunos compañeros pero que no aparezcan nunca, no”, cuenta Emilce. “Muchos hicieron todo eso, no eran maricanos. La connivencia y la complicidad de la sociedad fue muy grande. ¿Cientos de personas que nos vieron en esos lugares y nunca dijeron nada? Todo estaba sectorizado, uno decía ‘yo los saqué de la casa’, otro ‘yo los subí al camión’ y así hasta eliminarnos”.

En el Pozo, Emilce recibió la visita de su padre en tres oportunidades. Fueron sólo algunos minutos. Le advirtieron que no le dijera nada de lo que le habían hecho, pero las marcas en el cuerpo eran demasiado visibles. Su padre le dijo que su vida dependía de Vides y de Etchecolatz, y que la situación era complicada. Oscar Moler había sido policía y jefe de Etchecolatz, a quien había sumariado por un ilícito. En una visita, su padre le llevó un jabón. En octubre de 1976 la llevaron junto a Patricia Miranda a una celda más grande con baño. “Fue la vida”, dice Emilce. Cada tanto, las policías mujeres les permitían a las prisioneras ir a bañarse a esa celda y Emilce les lavaba la ropa en la pileta.

En algunas ocasiones tuvo conexión con los pocos presos comunes que estaban en la planta baja. A veces podía hablar con ellos y se entretenía escuchándolos cuando salían al patio y ponían la radio. Los domingos recibían visitas y si sobraba comida –de acuerdo a la guardia que estuviera– le llevaban algo. Una vez un preso con una voz muy gruesa le dijo: “Ustedes sí que están jodidos, piba”.

El 28 de diciembre le comunicaron que era una presa legal bajo disposición del Poder Ejecutivo Nacional.

“Sentí pasos que se acercaban por la escalera. Me puse la venda y me até las manos con las tiras que hacían de esposas. Con tanto tiempo alojada en la Brigada de Quilmes había adquirido esa destreza: su-

bir o bajarme la venda de acuerdo a los ruidos y espiar por debajo sin que se den cuenta. Entre ruidos y miradas fugaces me di cuenta de que estaban en mi celda una mujer policía y otro oficial.” Colocaron una mesa, sillas, una máquina de escribir. ¿Usted es Emilce Moler?, le preguntó el oficial. “Venimos a informarle que está bajo el PEN.” Todavía vendada y atada preguntó qué era el PEN. “El Poder Ejecutivo Nacional. Su familia va a saber que está presa”, le informó y le pidió que firmara. Emilce firmó. Le volvieron a poner las esposas, se llevaron los muebles de oficina y se fueron. “Nunca supe qué decía ese papel”.

El 27 de enero de 1977 la trasladaron a la cárcel de Villa Devoto: “Fue uno de los peores momentos de mi vida. Cuando entré, una celadora me leyó los cargos en mi contra: asociación ilícita, tenencia de armas y explosivos. Yo lloraba y decía que no era cierto. Sentía una terrible impotencia”. Estuvo detenida casi dos años. Cuando la liberaron no pudo volver a La Plata y se mudó con su familia a Mar del Plata: “Salí bajo libertad vigilada en una ciudad que no conocía y empecé a rendir las materias de quinto año”. En el colegio la declararon libre por las faltas. Tuvo que decir que había tenido hepatitis.

\*

## Walter Docters. Los infiltrados

En el interrogatorio, a Walter Docters le preguntaron cuál era su organización, su nombre de guerra, quiénes eran sus contactos, dónde estaban las armas. Con Osvaldo Busetto, su responsable político-militar, hacían inteligencia para el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) dentro de la Policía de la provincia de Buenos Aires. Busetto trabajaba en el Cuerpo de Bomberos. Docters tenía 18 años cuando entró a la Policía. Su padre le buscó un espacio en la fuerza convencido de que había dejado de militar en política. A los 19 era el secretario personal del director de la Escuela de Suboficiales y Tropas. Todo ingreso a la fuerza pasaba por él. Durante meses tuvo contacto con los suboficiales que hacían instrucción. Tres meses después de su ingreso cayó Busetto, secuestrado el 9 de septiembre de 1976 en la Plaza San Martín de La Plata.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> En el momento que cruzaba la calle, llegó un Torino de color marrón a contramano por la calle 7. Otros dos torinos también participaron en la operación. Tres personas

Cuando Docters se enteró del secuestro de Busetto, la orden que le dio su organización —el ERP— fue buscarlo y organizar el rescate. “Busqué y busqué, pero los de la fuerza se empezaron a dar cuenta de que yo tenía contactos. Osvaldo (su nombre de guerra era Mariano) era el responsable de inteligencia del ERP de Zona Sur, por lo tanto mi responsable político. Yo tenía la orden de buscar su destino porque, a pesar de las múltiples heridas que había recibido, existía la versión de que aún estaba con vida. Entre el 10 y el 18 de septiembre traté de encontrarlo en los distintos lugares pertenecientes al Circuito Camps de los alrededores de La Plata. No tuve resultado.”

El 17 de septiembre a Docters lo habían arrestado en su propio lugar de trabajo por “falta de espíritu policial”. Lo llevaron a hablar con el director, que era amigo de su padre y le dijo: “Te voy a levantar el arresto, pero vos andate”. Docters no se fue. Esa noche se reunió con la organización. Era viernes y estaban convencidos de que el rescate de Busetto se concretaría pronto. El lunes 20 de septiembre iba a ser el último intento de búsqueda, y Docters debía irse a las 11 de la noche, pero a las 7 de la mañana de ese mismo lunes, mientras entraba a la terminal de La Plata, en 4 y 41, lo secuestraron. Empezó una cadena de caídas de varios de los compañeros que se habían sumado a distintas áreas de la policía, los hermanos Julio y Esteban Badell, José María Schunk, cadete de la Vucetich, y Gustavo Calotti, que trabajaba como correo en el Departamento de Policía. “Pensaron que era monto, me pegaron, me dieron por todos lados y cuando se dieron cuenta quién era, me dieron más”, dice Docters. A la noche fueron a su casa y tocaron el timbre. Se presentaron y le dijeron a su padre que necesitaban revisar la casa: “Encontraron fierros y todo lo que habían ido a buscar”.

se bajaron de uno de los autos, uno gritó y otro le disparó. Lo hirieron de bala en la pierna y en el abdomen. Quedó tendido en la plaza. Lo metieron en el baúl y se fueron. Lo operaron en el Hospital Naval Río Santiago, cerca de la ciudad de La Plata. Ahí lo interrogó el teniente coronel Ricardo Campoamor, “el coronel Vargas”. Busetto había participado en la acción de Monte Chingolo, el 23 de diciembre de 1975, en la que el ERP realizó un intento de copamiento del Batallón de Depósito de Arsenales 601 Domingo Viejobueno. El objetivo era hacerse del armamento pero la operación fue delatada por Jesús Rainer, un espía del ejército nacional infiltrado en el ERP. El enfrentamiento dejó un centenar de muertos: alrededor de 60 militantes murieron en combate y el resto durante fusilamientos la semana posterior. “Osvaldo Enrique Busetto. Desaparecido el 9 de septiembre de 1976”, <[www.desaparecidos.org/arg/victimas/b/busettoo/](http://www.desaparecidos.org/arg/victimas/b/busettoo/)>.